

EN tiempos de la guerra civil robar diarios a los presidentes de la República y luego publicarlos para poner en evidencia a sus autores se convirtió en un deporte nacional, es decir, nacional y republicano. En un artículo anterior he contado, con técnica de película de misterio, el robo de los tres cuadernos pertenecientes a los diarios de Azaña que se guardaban —como los otros seis— en la caja fuerte del consulado general de la República en Ginebra, regido por el cuñado de Azaña don Cipriano Rivas Cherif. Gracias a la desventoladura de su bella cómplice, una cantante mexicana que tenía revuelto al personal del consulado, un espía de Franco, el vicecónsul Antonio Espinosa San Martín, logró hacerse con los tres cuadernos de los que Franco hizo personalmente una selección de las citas que más podían fastidiar a los políticos de la República, encargó al notable periodista —y primer biógrafo del propio Franco, Joaquín Arrarás— que diese forma a la selección y la publicase en el periódico más importante de la zona que era el ABC de Sevilla; además pidió al periodista que con nuevos fragmentos comprometedores elaborase un libro que se publicó recién terminada la guerra con el título «Memorias íntimas de Azaña». Un avión de Mallorca sobrevoló Valencia con cuatrocientos ejemplares del ABC sevillano y esparció los fragmentos de Azaña que inmediatamente corrieron por los círculos gubernamentales de la República. Allí el frío y el crujir de dientes.

Afortunadamente la duquesa de Franco ha encontrado en visperas de la pasada Nochebuena los tres cuadernos perdidos y, como anticipó ABC el 24 de diciembre, los entregó inmediatamente a la ministra de Educación y Cultura que los ha confiado, con sumo acierto, al Archivo Histórico Nacional. Este primer robo de diarios presidenciales ha terminado, pues, en final tardío pero feliz, en espera de que podamos consultar los textos completos de Azaña que se refieren a un período esencial de la República española, el año 1932, sobre el que hace poco un joven descendiente de otro gran personaje de la época me ha confiado para revisión y edición un conjunto importantísimo de notas y correspondencia que trataremos de publicar lo antes posible y además no procede de robo alguno.

En 1984, a propósito del hallazgo de otros papeles de don Manuel Azaña, dos ministros socialistas se enzarzaron en una pelea divertida en la que terciaron, sin la menor idea, un publicista poco leído, un conocido editorialista, fanático del señor Azaña aunque sospecho que nunca le ha leído, pero que se rasgó las vestiduras ante aquel acto de guerra que se consumó en Ginebra; y llamó abiertamente ladrones a quienes retenían los cuadernos ahora devueltos, mientras cubría a don Manuel Azaña con los elogios más desmedidos... Me encantaría ver la cara del editorialista cuando vea, en este segundo artículo, que don Manuel Azaña, también durante la guerra civil, inspiró el robo de los diarios de otro presidente (antes de que le robasen los suyos) y se aprovechó del robo reclamando una copia y permitiendo a su gobierno que publicase en un periódico de la zona los fragmentos que más podían molestar a determinados políticos republicanos; exactamente lo que hizo Franco. Como suele

QUIÉN ROBÓ LOS DIARIOS DE ALCALÁ ZAMORA

Por Ricardo de la CIERVA

repetir el pueblo soberano al observar enojosas repeticiones en la actitud de los políticos de distinto signo, es que todos son iguales.

El primer presidente de la República, don Niceto Alcalá Zamora, letrado del Consejo de Estado y varias veces ministro de la Corona hasta que la cambió por el gorro frigio, en virtud de resentimientos personales y motivos políticos que no son del caso, empezó a escribir en 1920 unos voluminosos Diarios que guardaba en grandes sobres. Don Niceto fue arbitrariamente destituido por las Cortes, que alguien sigue obstinado en llamar democráticas, del Frente Popular tras su truca victoria en las elecciones de febrero de 1936, dignas del señor Milósevich, y sustituido precisamente en la Presidencia de la República por don Manuel Azaña en el mes de mayo. Don Niceto salió de España para un crucero de vacaciones el 6 de julio de 1936, once días antes del estallido de la guerra civil; y dejó previsoramente sus grandes sobres —que curiosamente eran nueve, como los cuadernos de Azaña— en la caja fuerte alquilada por su mujer en el Crédito Lyonnais de Madrid, del que don Niceto había sido abogado durante muchos años. «Desde julio de 1936 el Gobierno Giral y el de Largo Caballero emprendieron, con unidad de inspiración, sin duda emanada de Azaña —acusa don Niceto— el apoderamiento de esas Memorias» que al fin lograron, violentando la caja fuerte «los sabuesos de Galarza» dice don Niceto, que da sus nombres. (Galarza era el ministro socialista de la Gobernación). El robo se perpetró el 13 de febrero de 1937. Don Niceto se enteró de todo y añade que sobre todo el asunto debía tener la pista «el hijo de Carrillo», es decir Santiago, hijo de Wenceslao Carrillo. He buscado afanosamente en las Memorias del hijo de Carrillo algo sobre el tema pero nada de nada. Don Niceto, profundamente preocupado por el vil uso que Azaña y compañía hicieron de esas Memorias robadas, se sentó a su mesa de trabajo en Pau, donde vivía exiliado, el 8 de marzo de 1940 y de unas cuantas sentadas su prodigiosa memoria le permitió reconstruir, prácticamente al pie de la letra, las Memorias robadas que publicó Planeta en 1977 y de cuyas páginas 13 y siguientes he tomado los datos anteriores. Curiosamente el primer título que puso a sus Memorias originales es el que Franco sugirió a Arrarás para las memorias trucadas de Azaña: «Memorias íntimas». El mismo título, los mismos cuadernos. Todos iguales.

Volvamos ahora a las memorias —publicadas legítimamente en México, 1966, página 641 y siguientes— de don Manuel Azaña. En el Cuaderno de la Pobleta, entrada del 1 de julio de 1937, el presidente de la República ve con asombro que en el diario «La Hora», que él llama «periodicucho», alguien con muchos enemigos está publicando en serial fragmentos de las Memorias de don Niceto, los que más pueden perjudicar a esos enemi-

el mundo, anota con fruición las víctimas de la pluma churriguera de don Niceto: Miguel Maura, Martínez de Velasco (fusilado en la Modelo en agosto de 1936), Sánchez Guerra, Lerroux. Pero su complacencia se trueca en indignación tonante cuando ve que Alcalá Zamora le echa toda la culpa a él, Azaña, de la conjura de octubre de 1934 que conocemos como Revolución de Octubre. Según don Niceto, Azaña había sido el gran inspirador y coordinador, de acuerdo con Largo Caballero y con Companys. Páginas y páginas de Alcalá Zamora; páginas y páginas de Azaña, que se olvida de un pequeño detalle; en aquellos momentos dos grandes ejércitos se jugaban la guerra civil en la batalla de Brunete, perdía la República y Franco se había adueñado



R. de la Cierva
Historiador

ya de Bilbao con lo que tenía segura la victoria en el Norte y en la guerra civil. Azaña muestra cierta preocupación por todo eso, pero cede a la obsesión por vituperar a Alcalá Zamora, repasar sus insultos, cuando presenta a Azaña como un «monstruo de ferria» frustrado por el «estorbo de mis malas pasiones», hambriento de poder. Páginas y páginas en el diario de Azaña del 7 de agosto, cuando los cuerpos del Ejército del Norte van a conquistar Cantabria. Pero Azaña está inmerso en las páginas de «La Hora» en las que descubre que los textos de don Niceto están trucados y mutilados. Necesita urgentemente una copia fidedigna de los diarios de don Niceto; acude a la «fraternidad masónica» (Azaña habla muy poco de la Masonería, esta es una de las ocasiones excepcionales) y desde su humilde grado 3 de Maestro pregunta al grado 33, Martínez Barrio, si tiene algún amigo en el periodicucho. Lo tiene don Diego; en Valencia sobran masones y entrega a Azaña el texto fiable, que el presidente de la República coteja con el publicado. Descubre las manipulaciones. Las tres capitales de Aragón se muestran inexpugnables, con el pueblo en las trincheras y en los suministros, ante el poderoso Ejército Popular. Franco ha dicho que ahora no pasará como en Brunete, que aguanten con lo que tienen, que no va a desviar de Santander ni una compañía. Pero el texto de don Niceto se publica manipulado, como el de las propias Memorias de Azaña en el ABC de Sevilla. Azaña se acuerda de Bilbao perdido. Coincide de lleno con el ministro de Defensa Nacional, Indalecio Prieto; no se ha perdido Bilbao, se ha perdido irremisiblemente la guerra.

Es muy agradable, dentro del aura de tragedia lejana, leer las páginas tersas de Manuel Azaña. Pero es muy difícil, mucho más de lo que se cree. Azaña presenta la hondura de los hechos y de las personas pero casi nunca describe el contexto. Y si alguien pretende adentrarse en Azaña sin conocer muy bien el contexto, difícilísima tarea, corre el peligro de alabar en Azaña lo vituperable; y de vituperar lo elogiable.